

CONVERSANDO CON LUIS DANIEL IZPIZUA, ESCRITOR

BEATRIZ MONREAL

Sino fuera porque sé que es vasco y de Zumaia, hubiera creído que se trataba de un profesor inglés, cuando en días grises le veía pasearse, a grandes zancadas, por San Sebastián, con su paraguas al brazo.

Han pasado algunos años desde que iniciara sus estudios de Medicina—que no acabó—y Filología, en Salamanca. Actualmente retirado de la militancia política, recuerda, sin embargo, sus épocas en ESEI. Debe de tener un cajón repleto de originales, pero es paciente y muy meticuloso.

Las lluvias de abril nos trajeron *CON MIS AMIGOS*, su primer libro de relatos en castellano. Antes: *Izuztarri*, en euskera, y varios artículos de crítica literaria, alguno de los cuales levantó polémica.

Hoy, en *OARSO*, transcribo la entrevista que le hice justamente el día en que presentó su libro.

- *En uno de tus relatos, titulado El río hablas de Izuztarri. Ese es también el título de tu libro en euskera. ¿Acaso Izuztarri tiene algo que ver con tu pueblo?*
- *Izuztarri tiene, evidentemente, mucho que ver con Zumaia. Al menos en su aspecto físico, ya que no me atrevería a decir lo mismo en lo que respecta al paisaje, a los habitantes de Izuztarri. Pretender identificar en ellos a éste o a otro zumaiano carece de todo fundamento. De ahí la razón de que lo llame Izuztarri y no Zumaia. Es mi pueblo y al mismo tiempo no lo es y entre ese ser y ese no ser se cuela todo ese juego de libertad en que consiste la literatura.*
- *¿Ser de pueblo hace a uno pueblerino?*
- *Evidentemente, no. Yo, sin embargo, soy en muchos aspectos muy pueblerino. Me gustan las ciudades, pero a duras penas me puedo quitar de encima una cierta necesidad de ensoñación, de fantasear si quieres, que me parece muy pueblerina. Hoy, prácticamente, ya no quedan pueblos en Guipúzcoa, que es toda ella una ciudad, pero en mi infancia aún los había y su silencio, su tranquilidad hacía como de campanas de resonancia de lo ecos que nos venían de fuera. Entonces se podía soñar con el mundo, ya que éste estaba cargado de exotismo. Hoy ya no es posible.*
- *Tú escribes indistintamente en euskera y en castellano. Ahora llevas publicado un libro en cada uno de los idiomas, ¿qué tienes previsto para el futuro?*
- *Hace ya unos meses que terminé de escribir una novela en euskera. Se titula *Rosamunda* y está ya en manos del editor.*
- *Ese título me recuerda a Franz Schubert, ¿no?*
- *Sí, en efecto, se lo he robado. En estos momentos reviso una novela en castellano, escrita hace más de tres años y a la que había dejado reposar un poco antes de darle el golpe definitivo.*

- *¿Te resulta más gratificante escribir en euskera o en castellano?*
- *Ambos idiomas me resultan igual de gratificantes, por diferentes motivos ya que los riesgos que encierran uno y otro son muy distintos. El euskera posee el hándicap de su relativa fragilidad, mientras que el castellano y la literatura en él escrita poseen el de su muy sólida tradición. No sé, como ilustración de lo que pretendo darte a entender, compararía el escribir en euskera con caminar en un mar gélido sobre una ligera capa de hielo que puede estar a punto de romperse en cualquier momento. Escribir en castellano, por el contrario, es algo así como enfrentarse a un iceberg y pretender clavar una pica en su cima.*
- *¿Crees que hay en Euskadi un reconocimiento hacia el escritor en castellano?*
- *Pienso que al escritor en castellano le ha de llegar antes el reconocimiento exterior para ser reconocido en Euskadi. Es posible que haya algo de justo en esta exigencia, si se castellano es mucho más amplio que el de la comunidad castellano es mucho más amplio que el de la comunidad vasca y que los verdaderos jueces, los entendidos de esa literatura están en otra parte. Este tratamiento denota, sin embargo, un reconocimiento tácito de falta de juicio crítico por parte de una comunidad que lee mayoritariamente en castellano. Si la comunidad en que vivo y para la que primordialmente escribo, me lee, no veo por qué ésta tenga que esperar juicios ajenos para reconocerse o ignorarme. Toda esta falta de atención crítica crea en los escritores en castellano una sensación de perpetuos extranjeros en su tierra y, tal vez, posos de resentimiento que no creo favorezcan en nada a la creación literaria. Por otra parte, si al hablar de reconocimiento te refieres al institucional, no creo que éste deba interesar demasiado a todo escritor que se precie.*
- *Uno de tus relatos lo dedicas a «mis amigos de Peñaflores». Se trata, sin duda, del instituto en el que impartes tus clases de literatura. ¿Cómo ves el panorama de la enseñanza?*
- *Como también tú te dedicas a la enseñanza, no creo descubrirte nada si te digo que, como mínimo, atraviesa por un momento de incertidumbre. No sabemos muy bien cuál ha de ser la función de la Enseñanza Media o al menos la del Bachillerato. Si, como parece ser, éste ha de estar al alcance de toda la población estudiantil del país, supongo que tendremos que acomodar nuestra oferta educativa al escaso nivel que presentan muchos de nuestros alumnos, es decir, tendremos que bajar nuestro nivel de exigencia académica si no queremos crear un inmenso pelotón de fracasados. Las consecuencias de ese bajón académico serían también, por otra parte, terribles, ya que nuestro bajón tiraría también hacia abajo de la Uni-*

versidad a fin de evitar que ese fracaso—que sería ya descomunal porque se salvarían de él muy pocos—se diera a niveles superiores. El fracaso final afectaría a toda la sociedad.

- *Y, ¿qué propones como alternativa?*
- Como alternativa a toda esa cadena de fracasos, creo que el Bachillerato debiera ser mucho más selectivo de lo que actualmente es, sin que tengamos que rasgarnos las vestiduras por ello.
- *¿Cómo crees que aceptaría esto nuestra sociedad?*
- Nuestra sociedad, la vasca en concreto, a la que le repugna que se utilice el término selectividad, funciona sin embargo según pautas tremendamente selectivas, elitistas y cargadas de prejuicios. No quiere que haya selectividad porque ha decidido que todos sus miembros sean selectos. Ahora bien, yo no veo muy claro por qué ha de ser menos selecto un carpintero que un filósofo, por ejemplo, o que un abogado. Conoces tan bien como yo la mezquindad y mala fé de muchos universitarios que, por lo tanto no pueden ser considerados selectos. No creo que haya unas profesiones mejores que otras, aunque sí pienso que debe haber buenos profesionales en todos los campos y esto no se crea por decreto-ley sin por el desarrollo de las aficiones y de las capacidades.
- *Pero hay profesiones en las que se gana más que en otras...*
- Sí, desde luego y todos queremos que nuestros hijos vivan cómoda y prósperamente. Pero ninguna carrera universitaria garantiza hoy un salario que se salga de lo normal y, en muchos casos, ni siquiera garantiza un puesto de trabajo. Tal vez esa constatación sirva para que las cosas vuelvan a su sitio y el futuro de la Universidad—y el futuro del país—se salve, pues el argumento económico es un buen argumento disuasorio. Un abogado no gana mucho dinero, un buen abogado quizás sí, como un buen diseñador o un buen electricista. Sé que pensarás que es triste caer, como siempre, en argumentos económicos, pero prefiero una sociedad que se mueva por móviles económicos a aquella otra que lo hace respondiendo a motivos de pura retórica social, es decir y por ejemplo, ésa en la que la gente se enorgullece al decir cosas como «mi hijo es doctor», aunque ese hijo se muera de hambre precisamente por ser doctor. Me recuerda a lo de los hidalgos, acuérdate de lo del *Lazarillo de Tormes*. Un mal muy español.
- *Vamos a cambiar de tema. «Debajo del pavimento está la playa», es una de las historias que más me ha gustado. No sé, es fresca y muy directa. Está muy cerca de un lector-a que ahora puede rondar por los cuarenta. En ella, un personaje—que por cierto se llama Daniel, como tú—hace unas reflexiones serias sobre la política. ¿Qué opinas sobre la política y los políticos? Me gustaría que me comentaras la frase: «los políticos resultan a veces grotescos en su coqueteo con el destino...».*
- Es pura casualidad que el personaje de ese cuento se llame como yo. Tengo problemas a la hora de bautizar a mis personajes, ya que los nombres me parecen un elemento decisivo para marcar esa línea ambigua de la ficción. Nombres como Sergio o Nepomuceno me parecen que cierran demasiado el campo ficticio y tiendo a llamar a mis personajes con nombres tan comunes como Juan, Pedro o Andrés, que tiene el peligro de resultar prosaicos y monótonos. En este caso, Daniel me pareció lo suficientemente literario y, además, es mi nombre, lo que abre el campo de la ficción hacia esa realidad que soy yo mismo. Crea, además, una ficción autobiográfica y a mí me encanta jugar con las apariencias autobiográficas. Es una forma de jugar con el lector. Pero ciñámonos a tu cuestión. Me preguntas qué es lo que opino sobre la política y los políticos. Pues bien, creo que la política es un oficio de gran trascendencia y por ello mismo encierra grandes peligros. No voy a decir que de sus decisiones dependa el destino del mundo, porque esas decisiones suelen estar muy mediatizadas, pero sí creo que de la gestión de un



político se deriva un mayor o menor grado de bienestar para sus gobernados y en este sentido su responsabilidad es muy alta. Pienso que un gran político es aquél que sabe captar todas las energías positivas de su sociedad y canalizarlas a través de un proyecto de progreso. Claro que ese proyecto no se materializa en las arengas, en los discursos, en esa artimaña sustitutoria que son las palabras utilizadas para compensar lo que nunca se realiza y siempre se pospone y que suelen tener siempre como colofón el desastre, sino las realizaciones concretas, los frutos de una gestión que cuanto más eficaz sea, mayor calado encontrará en la ciudadanía y, por ello mismo, mayor entusiasmo. La mejor forma de dinamizar una sociedad es darle cancha y no otra cosa es realizar una buena gestión. Enardecer a las masas, bien por medio de discursos triunfalistas, bien por un victimismo de alto tono no consigue sino eso, es decir, enardecer a las masas, y sabemos muy bien lo que las masas enardecidas han sido capaces de realizar: millones y millones y millones de cadáveres. Tal vez sea a eso a lo que se refiere Daniel cuando dice que «los políticos resultan a veces grotescos en su coqueteo con el destino...». Yo diría que más que grotescos lo que resultan es macabros, y que tendríamos que saber pedirles responsabilidades por todo el dolor que por pura egolatría o por ansia de estar en el poder son a veces capaces de causar. Las palabras de un político han de ser medidas por el número de muertos que van a ser capaces de causar. La que menos muertos produce es la más justa. Claro que lo mismo podríamos decir de los intelectuales.

- *El amor ocupa un lugar muy destacado en tus relatos. El título Isabel, muy melancólico, recuerda un poco al mundo femenino barroco, en el que la chica fea, sometida al control materno cree por fin encontrar la felicidad, pero en otros como El rey y yo las referencias al sexo puro y duro son continuas. Resulta un poco brutal. No escatimas un vocabulario guarro que ha sorprendido, seguro, a más de uno de tus lectores y lectoras. ¿Qué pretendes decir?*
- ¿Tú crees que el vocabulario que utilizo es tan guarro? ¿Sí? Bueno, quizás en ocasiones lo sea, pero es que nuestra sociedad es un tanto guarrona, y lo digo sin afán de recriminar, sino de forma un tanto... simpática. A mí en realidad lo que más me preocupa del sexismo contemporáneo es ese peligro que le veo de arrastrar en la genitalidad más primaria toda clase de matices. Las relaciones sólo son válidas si hay cama de por medio y, francamente, semejantes modas sociales pueden condenarle a uno a la más absoluta soledad. Es curioso, pero pasamos del sexo prohibido a una especie de sexo obligatorio y yo, sinceramente, no veo demasiada diferencia entre ambos imperativos. Los dos son imperativos y ambos denotan, además, una obsesión genital que reduce miles de años de historia cultural a la nada. Todos los códigos de comportamiento que hacían del amor algo prohibido o algo banal, y no ese fruto a conseguir y al que se le podía abordar desde los más diversos frentes y perspectivas—y que podían incluso no ser genitales—han sido borrados del mapa y con ellos ese regodeo espiritual que constituía su producto más exquisito. El placer espiritual—y si hay unión con otro de por medio ese placer es placer erótico—es infinitamente más intenso que el placer físico. Yo, desde esta perspectiva, reivindico la virginidad como experiencia válida, y desde luego más positiva que ese sexismo seudoprogre del folleteo obligatorio, último reducto de un machismo agonizante y vergonzante, cuando no de un donjuanismo de grandes almacenes. Admito la grandeza del sexo como proceso de alcanzar el reconocimiento purificado a través de la extenuación mística, aunque reconozco de paso sus peligros, pero cuando el sexo lo único que genera es chabacanería, la postura de Orígenes no es la más condenable.

